

pierta; nuye, huye aun de las mas minimas ocasiones, macera la carne, ora mucho, y ten una tierna devocion á la santísima Virgen.

DIA TREINTA.

SAN FIACRO, CONFESOR.

San Fiacro, tan célebre en toda la Iglesia, pero singularmente en la de Francia, fué hijo primogenito de Eugenio IV, rey de Escocia, que comenzó á reinar el año de 606. Deseoso el rey de dar á su hijo aquella cristiana educacion que correspondia al heredero presuntivo de la corona, encargaron de ella á Canon, obispo de Sodera, prelado de ejemplar virtud y de prendas muy sobresalientes. Halló en el príncipe el ilustre preceptor un bello natural, un corazón noble y generoso, un genio dócil, y no perdonó medio alguno para formar en Fiacro un príncipe cumplido. Consiguiólo. Correspondió el príncipe al cultivo del obispo con tanta inclinacion y con tanta docilidad, que presto se reconoció no hacerle ya falta el maestro. La inocencia de sus costumbres y aquella natural inclinacion que tenia á la virtud le disgustaron de la corte. Conoció sus peligros; y descubriendo la nada de todas las grandezas humanas entre las mismas aparentes brillantes del fausto y del esplendor, resolvió aspirar únicamente á enriquecerse con las prosperidades del cielo. La tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen le inspiró tanto amor á la pureza, que solo pensó en buscar un asilo seguro en donde poner á cubierto aquella delicada virtud; y el don de oracion con que Dios le habia favorecido

le determinó á pasar en algun desierto toda la vida. Ninguno se le ofrecia en Escocia donde no pudiese ser fácilmente descubierto, por lo que tomó la resolucion de retirarse á Francia, huyéndose secretamente de la corte. Pero sabiendo que su hermana Sira tenia los mismos pensamientos, le comunicó su intento, y ella se determinó á ser su compañera en aquella piadosa fuga. Escapáronse, pues, de la corte sin noticia del rey su padre, y corriendo presurosos al primer puerto, encontraron un navio que estaba para hacerse á la vela hácia Francia; y embarcándose en él sin darse á conocer, dentro de pocos dias dieron fondo en aquel reino.

Como todo su anhelo era buscar un lugar solitario donde retirarse, encontraron cerca de Meaux un desierto, que á nuestro santo le pareció ser el mismo que el cielo le habia destinado para sus piadosos fines. Presentáronse á san Faron, obispo de Meaux, ocultando siempre su nombre y su calidad, y le suplicaron con la mayor sumision tuviese á bien permitirles quedarse en algun paraje retirado de su diócesis, donde pudiesen pasar el resto de sus dias en ejercicios de oracion y de penitencia. La princesa le rogó se dignase señalarle algun monasterio de vírgenes donde se recogiese para atender únicamente al negocio de la salvacion, y nuestro santo le pidió permiso para quedarse en el desierto inmediato. Bien conoció el santo obispo por su aire y por sus modales que eran personajes de mucha distincion; pero como no se querian dar á conocer, no los apuró mas, y se contentó con aprobarles sus piadosos intentos. A la princesa la metió en un monasterio, de que era abadesa santa Fara, hermana del mismo obispo; y al príncipe Fiacro le dió un sitio en el bosque de Fordille para que fabricase en él una ermita.

Luego que nuestro santo se vió en su amado del

sierto, erigió en él una capilla en honor de la santísima Virgen, á quien apellidaba su querida madre, yendo cada día en aumento su tierna devoción con esta Señora; y junto á la capilla fabricó una humilde celdilla. En ella renovó el ilustre solitario la mas perfecta imagen de los Pablos, de los Antonios y de los Hilariones, viviendo mas como ángel, que como hombre. Aquel tierno príncipe, que habia nacido y se habia criado entre las delicias y los regalos de la corte, no tuvo en adelante otro alimento que yerbas silvestres y raíces amargas. Su ayuno era continuo, y la oración tan continua como el ayuno. Comunicábase el Señor á aquella grande alma con tanta abundancia de consuelos celestiales, que no le daban lugar ni aun para acordarse de los atractivos de la corte. Fueron tan excesivas sus penitencias, que el historiador de su vida como que se inclina á acusarle de haber tratado su cuerpo con demasiado rigor.

No podia menos de descubrirse presto una santidad tan eminente, sin que bastase á esconderla toda la espesura del espantoso desierto. Dilatóse luego con mucho ruido la fama de nuestro santo, y esta reputación le atrajo una multitud de huéspedes. Recibía con mayor gusto á los pobres, y su ardiente caridad le sugería mil industrias para aliviarlos y para socorrerlos. No contento con las gracias que les conseguía del cielo, sanándolos milagrosamente de sus enfermedades, procuraba asistirlos en su pobreza, discurriendo todo género de medios para hacer menores sus miserias. Fabricó varios cuartos, que formaban una especie de monasterio, para hospedar á los forasteros; y él mismo por su mano cultivaba un campo y un huertecillo en que plantaba legumbres para festejarlos el tiempo que se detuviesen en la ermita. Volviendo de Roma san Chilano, oyó decir tantas maravillas de la virtud de nuestro solitario, que quiso

ir á verle; y hallando en lo que experimentaba mucho mas sin comparación de lo que la fama le habia informado, se hubiera quedado para siempre en aquella soledad á no haberle sacado de ella su mérito y su rara santidad para hacerle obispo en el condado de Artois.

Pero como creciese cada día el número de los peregrinos que concurrían á san Fiacro buscando consuelo en sus trabajos, y milagrosa salud en sus enfermedades, juzgó el santo que debía acudir por nuevo socorro á san Faron. Representóle que, si le concedía mayor espacio de terreno en aquel desierto, él le cultivaría y le haría producir lo bastante para sustentar á tanta multitud de pobres. Oyóle el prelado con veneración, y le respondió que desde luego le hacia donación de todo el espacio de terreno que él solo, y sin ayuda de otro, pudiese rodear de un foso en un solo día. Despidióse Fiacro del obispo, retiróse á su ermita, hizo oración á Dios, y la mañana siguiente, tomando su báculo en la mano, comenzó á trazar con él una línea, dentro de la cual se habia de comprender el terreno que el obispo le habia concedido; pero por un prodigio verdaderamente raro la línea se iba abriendo por sí misma en una zanja ancha y profunda segun el santo la iba delineando cayéndose al mismo tiempo los árboles hacia una y otra orilla de la zanja para servir de muro al recinto de la ermita. Vió por casualidad una mujer este portentoso, y teniendo al santo por hechicero, voló al punto al obispo de Meaux, y le dijo que el ermitaño de Forlille era un mago y un encantador, pues ella misma habia visto por sus propios ojos los asombrosos efectos de sus encantamientos; y sin esperar á mas razones, volvió corriendo á la ermita, llenó al santo de injurias y de improperios, y le intimó de parte del obispo que no pasase adelante. Detúvose inmediata-

mente el santo; y despues de dar muchas gracias á aquella precipitada mujer por la mala obra que le habia hecho, se reclinó para descansar sobre una piedra, en que dejó milagrosamente estampada la figura de sus rodillas y de su brazo, como se advierte hasta el dia de hoy en su iglesia. Llegó poco despues san Faron, y admirando las maravillas con que manifestaba Dios la santidad de su siervo, le rogó que continuase en la obra del recinto, y el mismo obispo fué testigo del prodigio.

En tanto que Fiacro vivia tan quieto, tan sosegado y tranquilo en su santa soledad, murió el rey su padre, y le sucedió en la corona de Escocia su hermano menor Fercardo; pero teniendo la desgracia de dejarse inficionar de la herejía de los pelagianos, y habiéndose precipitado en los mayores desórdenes, fué depuesto por una junta general de los estados, tanto por sus errores, como por sus excesos. Era preciso señalarle sucesor, y todos los estados convinieron en dar la corona á Fiacro, á quien pertenecía de derecho. Enviaron sus diputados al rey de Francia Clotario II, suplicándole emplease toda su autoridad en obligar á Fiacro á que se restituyese á Escocia. Sobresaltóse el santo, y temiendo que le arrancasen por fuerza, suplicó con instancias al Señor que le hiciese leproso de repente, esperando con este especioso artificio conservarse en su pobre celdilla, y hacer el generoso sacrificio de su reino. Salióle bien el piadoso estratagemma. Cubrióse al parecer de una asquerosísima lepra, á cuya vista se llenaron de horror los diputados, y se contentaron con decirle friamente que en su mano estaba ir á tomar posesion de la corona que le pertenecía; bien que ellos no se atrevian á instarle á que abandonase su amada soledad. Prestó se convinieron ambos partidos. Respondióles el santo que él no trocaba su desierto por todos los reinos del mundo; y

que así, podian buscar quien los gobernara donde mejor les pareciese. Apenas volvieron á pasar el mar los diputados cuando la aparente lepra desapareció, y el santo se quedó tranquilo en su apreciada soledad. Dió nuevo realce á su virtud este ruidoso suceso. Divulgado el esplendor de su real nacimiento, que hasta entonces habia tenido tan profundamente oculto. creció prodigiosamente el número de los admiradores, dándose priesa á ver y á conocer aquel principe disfrazado de ermitaño. Esta reputacion afligió mucho á su humildad; y siendo cada dia mayor el concurso de los que le buscaban, pidió al Señor que le sacara de este mundo. Concediósele; y lleno de años y de virtudes, murió el dia 30 de agosto del año 670, á los 64 de su edad, habiendo pasado los 40 en el desierto. Fué sepultado su cuerpo en la iglesia que él mismo habia fabricado con el título de la Madre de Dios; y algun tiempo despues fué trasladado de ella á la catedral de Meaux, donde se conserva expuesto á la pública veneracion en una caja de plata dorada, dádiva de Luis II.

Habiendo obrado tantos milagros en vida, aun fueron mas frecuentes y mas célebres los que obró despues de muerto. De todas partes concurrían á implorar la intercesion de este gran santo para todo genero de enfermedades y de calamidades públicas. Un vecino de Monchi en Picardia iba en peregrinacion al sepulcro del santo, llevando consigo dos hijos suyos enfermos: todos tres cayeron en un rio muy profundo, y en un instante se perdieron de vista. Cuando ya se los creia sorbidos de las aguas, los vieron parecer con admiracion, llevando el padre de la mano á sus dos hijos, y caminando sobre las aguas, que se habian consolidado hasta que llegaron á la orilla. A este prodigio se siguió el de sanar á los hijos de los males que padecian, y muy poco tiempo

después tras de este milagro obró nuestro santo otro mas admirable.

Fuéronse á bañar al río Oisa cuatro muchachos, y todos cuatro quedaron hundidos en sus olas; buscaronse sus cuerpos por mucho tiempo; pero no fue posible hallarlos. Noticiosas las tristes madres de esta desgracia, acudieron al río muchas horas después deshechas en lágrimas; y llenas de confianza en nuestro santo, imploraron su poderosa intercesion con Dios, suplicándole se compadeciese de los hijos y de las desconsoladas madres. Apenas acabaron su fervorosa oracion cuando vieron venir á los muchachos muy serenos por el río, los cuales aseguraron después que san Fiacro los habia sostenido en medio de las aguas.

Son adoradas en Meaux con la mayor veneracion sus santas reliquias; pero la reina María de Médicis obtuvo una porción de ellas que se conservan en Florencia; y en el año de 1637, habiendo conseguido el cardenal de Richelieu uno de los huesos de la espina, le hizo engastar en un precioso relicario, que hoy se venera en la iglesia parroquial de San José de Paris, en la que hay una célebre cofradía en honor del mismo santo.

SAN PAMAQUIO.

Pamaquio era un senador romano, á quien su discípulo san Jerónimo llama lustre de la distinguida familia de los Camilos. Los encargados de su educacion se condujeron de modo que le inspiraron amor al estudio, y después de haberle instruido en los diferentes ramos de la literatura, le iniciaron también en el conocimiento de la sagrada Escritura. Entró en el mundo por los años de 370, cuando san Jerónimo se

retiro al desierto. Habiendo sido recibido en el senado, por su mérito y virtud llegó á ser el ornamento de aquella ilustre corporacion. Obtuvo la dignidad proconsular, y se casó con Paulina, hija segunda de santa Paula. Él fué el primero que descubrió los errores de Joviniano, y los denunció al papa Siricio, quien condenó al heresiarca en 390.

Las amistades contraidas en la juventud y cimentadas en la uniformidad de sentimientos, así como en la aficion á los mismos estudios, son por lo comun las mas sólidas y las mas agradables. Tal fué la que unia á san Jerónimo y á san Pamaquio. El santo doctor tomó muchas y grandes luces de su amigo Pamaquio para la composicion de sus obras contra Joviniano. Le consultaba á menudo, y pasaba por lo que él decia sobre la solucion de ciertas dificultades.

Perdió Pamaquio á su esposa Paulina á los tres años de matrimonio. Habiendo mandado ofrecer por ella el santo sacrificio, dió, segun la costumbre de aquellos tiempos, un convite á todos los pobres de Roma. Sabemos esto por una carta que san Paulino le escribió, y que concluye en estos términos: « Vuestra esposa, que ahora está en el cielo, ruega « instantemente por vos á Jesucristo; os alcanza « gracias proporcionadas á los tesoros que habeis « enviado de la tierra, no ya honrando su memoria « con estériles lágrimas, sino haciéndola partici- « pante de los dones vivos que habeis hecho por el « descanso de su alma; y ella se halla honrada por « el mérito de vuestras virtudes, y alimentada con el « pan que habeis distribuido á los pobres. » En la epistola 54 de san Jerónimo se lee que Pamaquio regó las cenizas de su esposa con el bálsamo de la limosna y la misericordia, que alcanza el perdon de los pecados; que además los ciegos, los cojos y los pobres

fueron sus coherederos y los herederos de Paulina, y que nunca se le veía salir en público sin ir seguido de una tropa de infelices.

Nuestro santo edificó un hospital para los extranjeros que iban al Puerto Romano. Servía á los enfermos y á los pobres con sus propias manos. Escribió á sus renteros y á sus vasallos que tenía en Numidia, exhortándolos á renunciar al cisma de los donatistas, y consiguió verlos volver al seno de la Iglesia católica. Este zelo por la unidad de la fe le mereció una carta de felicitacion de parte de san Agustin en 401, como puede leerse en la epístola 58 á Pamaquio. El parecer de algunos modernos, que pretenden recibió nuestro santo los sagrados órdenes, no se apoya en ninguna prueba sólida. Contentóse con vivir separado del mundo, y consagrarse enteramente á los ejercicios de la oracion, de la penitencia y de la caridad. Murió en 410 un poco antes de la toma de Roma, y es nombrado el 30 de agosto en el martirologio romano.

SANTA ROSA DE LIMA.

En Lima, capital del reino del Perú, nació el día 20 de abril del año 1586, la Rosa mas preciosa que produjo aquel fértil pais; bello ornamento de la tercera orden de penitencia del patriarca santo Domingo; una de las mas célebres santas de estos últimos tiempos. En su nacimiento declaró con juramento su madre no haber sentido los dolores del parto, dispensándola el Omnipotente de la ley penal impuesta á todas las mujeres. Bautizaronla en la pascua del Espíritu Santo, queriendo en esto denotar la divina Providencia que derramaba en aquella grande alma el incendio del amor divino que descendió en lenguas de

fuego sobre el colegio apostólico. Pusiéronle Isabel por nombre; pero en virtud del extraordinario prodigio que ocurrió estando en la cuna á los tres meses de haber nacido, de trasformarse su cara en una hermosa rosa, se llamó desde entonces con este nombre, en el que fué confirmada por santo Toribio Alfonso Mogrobejo, dignísimo arzobispo entonces de Lima, al que añadió el de Santa Maria, por disposicion de la reina de los ángeles.

Criaronla sus padres con el mayor cuidado segun las máximas de la religion cristiana; pero como se hallaba prevenida del cielo con las mas dulces bendiciones, tuvieron el consuelo de ver en la niña á poco tiempo un pequeño prodigio de la gracia, que parecía obrar en ella con mas actividad que la misma naturaleza. En efecto, su afabilidad, su agrado, su serenidad, su candor, su tranquilidad, y su admirable sufrimiento en varias incisiones que le hicieron con motivo de varias enfermedades, sin que lanzase el mas mínimo suspiro, y sobre todo su inclinacion conatural á la virtud, hicieron conocer á todos desde luego que el Señor la habia elegido para esposa suya.

Continuando Rosa, sostenida de la divina gracia, siendo el objeto de los mas altos elogios por su buena conducta, llegó á aquel punto de edad en que la naturaleza manifestó las cualidades apreciables de hermosura, despejo, vivacidad y extraordinarios talentos con que se hallaba dotada; aunque su recato y modestia procuraban ocultarlas, y aun desfigurarlas para no ser grata á los hombres. Como eran públicas y notorias sus personales prendas, mucho mas recomendables con el adorno de su eminente virtud, se declararon varios pretendientes de su mano, conceptuándose feliz el que la lograra por esposa. Entre todos prefirieron los padres á un joven rico y poderoso, vinculando su felicidad en tan ventajoso